

EL VERBO Y LA MASA

-FECHA- 18.08.2002

-SECCIÓN- Siete Días

-AUTOR- ALBERTO BARRERA TYSZKA

El verbo y la masa. ALBERTO BARRERA TYSZKA “¡Si el pueblo no se arrecha/ regresa la derecha!”. Con esta consigna, el miércoles en la tarde en la avenida Baralt, Lina Ron comenzó a arengar a un grupo de gente que no llegaba a multitud. Empuñaba el micrófono y proponía esa mueca rara que, por momentos, me confunde y casi me hace sentir que es Joselo disfrazado, que ella sólo es un sketch con peluca oxigenada. Antes, ya habían pasado por el micrófono los compañeros Rondón, Barreto, Tascón e Iris Varela. Supongo que a Lina le bastó un pestañazo para palpar el ánimo pesado y poco combativo de la mayoría de los presentes. Por eso, tal vez, propuso la respiración de la consigna: “¡Si el pueblo no se arrecha/ regresa la derecha!”. Y la gente la siguió, como colgándose de un ritmo, de un compás en el aliento. ¿Cuál derecha?, tal vez, alguien dudó. Tal vez alguien recordó los nuevos impuestos. ¿Acaso hay algo más de derecha que la política económica de este Gobierno?, quizás alguno se preguntó. Pareciera que la colosal contradicción entre los hechos y el discurso terminará siendo el emblema más determinante de la Quinta República. La radicalización retórica camina, de manera suicida, a la par de la radicalización de la ineptitud gerencial del Gobierno. El poder está acorralado y su mayor fuerza queda ahora al descubierto como su más trágica debilidad. Su poderoso ejercicio comunicacional sólo es un don individual, depende exclusivamente de Chávez. Lo demás sólo es un traspie de consonantes, una fuga de vocales, un desierto poblado por la inmensa

soledad de los signos de admiración. De cualquier manera, los apóstoles del proceso intentaron presionar y, luego, sabotear la decisión del TSJ. Al fracasar, tanto la maquinaria mediática como el carisma de Chávez, ellos quedaron desnudos. Sólo son extras prescindibles, contradicciones altoparlantes, ritmos huecos. Entre lo que son y la imagen que tienen de sí mismos, hay un precipicio donde caben varios elefantes, un asteroide, tres canchas de fútbol. Escuche usted a Eliécer Otaiza hablando del imperialismo. Vea cómo vocifera Juan Barreto, apelando en un graznido a Hitler y a la caída de la República de Weimar. Trate de entender qué dice Luis Tascón: ¿de qué habla? ¿Por qué se esfuerza tanto en hacerse incomprendible? Y ahí están también Pedro Carreño, Iris Varela, Darío Vivas. Agarre a quien usted quiera. Poco importa lo que digan. Porque ya no dicen nada. Porque sólo son una temperatura del idioma, una llamarada de vocabulario que de pronto se ha quedado sin incendio. De tanto ver a Chávez, se acostumbraron a su talento natural, a la gran capacidad empática que, en el terreno comunicativo, tiene el Presidente. Creyeron tal vez que era muy fácil. Que eso de emocionar al auditorio era lo de menos, un atributo que venía engrapado al carnet del partido. Que la masa sólo necesita un tono, un chiste, una anécdota, cuatro o cinco gritos. Todo parecía tan sencillo: ahora vamos a decir que Miquilena es un corrupto, que es el capo de las tribus, que es amante de Carlos Andrés Pérez, que -en definitiva- no es nuestro Miqui, el de siempre, el que ayer nomás era el más joven de todos los revolucionarios, ese muchacho, ¡ah!, el prístino Luis, el patriota a toda prueba, el mentor de Chávez, el alma ejecutiva del Proceso. Ahora vamos a decir que el TSJ es una cueva de ladrones. Que la pureza de esta revolución de repente se ha visto infiltrada por la suciedad de esa gente que el mismísimo Presidente designó a dedo en esos cargos... Teodoro los recibió con una vieja conseja -el tiro les salió por la culata- y los

sentenció acertadamente con una sola palabra: cámlenselo. Es cierto. Y fue un error fatal intentar llevar el umbral de fe del pueblo hasta ese peldaño. Sólo una militancia más cercana al malandrismo que a la preocupación política, puede aceptar seguir ciegamente una incoherencia como la que ahora pregona el oficialismo. Quedaron cercados por su propia trampa. Y ahí quedó, finalmente, derrotada la idea de que esto es una revolución. No. Lo que estamos viendo es tan sólo un debate de conchupancias, un round demasiado cuarta república. Nos lo podrían presentar tranquilamente por la televisión, moderado por David Morales Bello y bajo el slogan: “Con los adecos se vivía igual”. Los métodos del chavismo de pronto han envejecido. Ya no son eficientes. Se trata de un golpe fundamental para todo su artificio. La supuesta heroicidad, la legitimidad popular, el sueño de las décadas de plata y de oro, la tonta solemnidad bolivariana, la pretensión revolucionaria... todo ahora es un patio de cáscaras. Una nada hecha astillas. Esto sólo parece una revuelta, espontánea y chapuzera. Y, si me permiten, voy a traer hasta estas líneas la definición que, en 1611, proponía Covarrubias: “Rebolver es ir con chismerías de una parte a otra y causar enemistades y quistiones: y a éste llamamos rebolvedor o reboltoso, rebuelta la cuestión”. Aparte, entonces, de la nueva distribución de fuerzas y de las luchas intestinas, dentro de la institucionalidad, prefiero rescatar que esta semana entraron en crisis dos eficacias que, hasta ahora, habían operado de manera implacable en el ejercicio chavista del poder: el verbo y la masa. Si algo quedó claro este miércoles es que se acabó el éxito de las horas masivas. Que ya la muchedumbre en la calle no es un permiso para el autoritarismo y la ilegalidad. Si algo fue evidente, es que las palabras de Chávez ya no mueven ni a los magistrados de la corte ni a los pobres de la patria. Probablemente, la victoria más importante no se dio en el Tribunal Supremo de Justicia sino en

la calle. Y aunque nos suene paradójico, tal vez, la falta de convocatoria, de lado y lado, nos está señalando que también hay un país que desea comenzar a pensarse de otra forma. albertobarrera@hotmail.com